

# La historia de Jill

(Versión resumida de la historia completa en el libro *El Perdón Radical*,  
[www.perdonradical.es](http://www.perdonradical.es))

En cuanto apareció mi hermana en el aeropuerto de Atlanta supe que algo iba mal. Nunca ha sabido ocultar sus sentimientos y era evidente que sufría emocionalmente. Jill había volado desde Gran Bretaña a Estados Unidos en compañía de nuestro hermano John, al que yo no veía desde hacía dieciséis años. Él había emigrado de Inglaterra a Australia en 1972 y yo a Estados Unidos en 1984. Jill es la única de los tres hermanos que sigue viviendo en Inglaterra. John había estado en nuestro país y luego viajó a Atlanta con Jill que aprovechaba esa oportunidad de verme junto con mi esposa JoAnna durante un par de semanas. De paso alargaba así la despedida con John, que volvía a Australia. Después de los torpes abrazos y besos del reencuentro salimos hacia el hotel. Había reservado habitaciones para así enseñarles la ciudad antes de llevarles en coche al día siguiente hacia el norte, a nuestra casa. En cuanto se presentó una oportunidad de conversación seria, Jill espetó: «Colin, las cosas no van bien en casa, Jeff y yo tal vez nos separemos». A pesar de haber notado que mi hermana tenía algún problema esta noticia me sorprendió. Siempre me había parecido que, tras seis años, su matrimonio con Jeff era feliz. Ambos habían estado casados anteriormente, pero esta relación tenía todos los visos de ser sólida. Jeff tenía tres hijos de su primera esposa; Jill tenía cuatro de su anterior matrimonio. El benjamín, Paul, era el único que todavía vivía en casa.

— ¿Qué ocurre? — pregunté.

— Bueno, todo es bastante raro y no sé por dónde empezar — me contestó Jill —. Jeff se comporta de una manera muy extraña y no aguanto más. Hemos llegado al punto en que somos incapaces de hablar el uno con el otro. Eso me mata. Me está dando totalmente la espalda y dice que es culpa mía.

— Háblame de ello — le dije, mirando de reojo a John, que me contestó entornando los ojos. Él había pasado una semana en casa de Jill y Jeff antes de volar a Atlanta, y por su reacción entendí que ya estaba bastante harto de esta historia.

— ¿Recuerdas a Lorraine, la hija mayor de Jeff? — preguntó Jill, y asentí — Resulta que su marido se mató en un accidente de coche hace un año. Desde entonces ella y Jeff han desarrollado una relación de lo más rara. En cuanto ella llama, él se vuelve zalamero, llamándola *amor* y se pasa horas hablando con ella en voz baja. Parecen dos enamorados en lugar de un padre y una hija. Si él está ocupado y Lorraine llama, lo deja todo para hablar con ella. Cuando viene a casa, él se comporta de la misma manera e incluso peor. Se atrincheran en una conversación seria y en un cuchicheo que excluye a todos los demás y en especial a mí. Es insoportable. Siento que Lorraine se ha convertido en el centro de la vida de Jeff donde difícilmente queda lugar para mí. Me siento relegada e ignorada.

Jill volvió una y otra vez sobre el tema con más detalles sobre la extraña dinámica familiar que se había desarrollado. JoAnna y yo escuchamos con atención. Nos extrañamos abiertamente sobre las causas del comportamiento de Jeff y en general demostramos simpatía. Le hicimos algunas sugerencias de cómo hablar con él acerca de su comportamiento y sobre todo nos esforzamos en encontrar soluciones, tal como lo habrían hecho cualquier hermano y cuñada preocupados. John también procuró apoyarla y darle su propia perspectiva de la situación. Lo que me parecía extraño y sospechoso es que todo eso no era propio de Jeff. El Jeff que yo conocía era muy afectuoso con sus hijas y lo bastante dependiente para necesitar su aprobación y su amor, pero nunca le había visto actuar como Jill decía. Siempre lo había visto muy cariñoso y atento con ella. La conversación continuó durante todo el día siguiente, y empecé a hacerme una idea de lo que podía estar pasando entre Jill y Jeff desde la perspectiva del perdón radical, pero decidí no mencionarlo, por lo menos no de forma directa. Estaba demasiado atrapada por el drama de la situación y no habría podido escuchar ni entender lo que tenía que decirle. Pero después de hablar y darle muchas vueltas al problema durante dos días, decidí que se acercaba el momento de probar el enfoque del Perdón Radical. A

modo de tentativa le dije:

— Jill, ¿estarías dispuesta a considerar la situación de un modo distinto? ¿Estarías abierta a que te dé una interpretación bastante diferente sobre lo que está pasando?

Me miró desconcertada, como preguntándose: «¿Qué otra interpretación puede haber? ¡Así está la cosa!». No obstante, resulta que Jill y yo compartimos un recuerdo: en el pasado ya le había ayudado a resolver un problema de relación, por lo que confió en mí lo suficiente para decir:

— Bueno, supongo que puede haber otra. ¿Qué tienes en mente?

— En primer lugar, Jill, quiero que sepas que todo lo que voy a decir no es una negación de lo que tú has dicho ni invalida tu historia. Estoy seguro de que ocurrió tal como dices. Sin embargo, permíteme darte una pista de lo que quizás subyace en esta situación.

— ¿Qué quieres decir con esto de *lo que subyace en esta situación*? — preguntó Jill mirándome con recelo.

— Es completamente natural pensar que todo lo que hay *ahí afuera* es *todo* lo que hay en realidad, — le expliqué — pero quizá estén ocurriendo muchas más cosas por debajo de esta realidad. Tú y Jeff tenéis ese drama en marcha. Hasta aquí todo está claro. Pero ¿y si por debajo del drama estuviese ocurriendo algo más espiritual; las mismas personas y los mismos acontecimientos pero con un significado totalmente distinto? ¿Y si vuestras almas estuvieran ejecutando el mismo baile pero sobre melodías distintas? ¿Y si el baile fuera para tu sanación? ¿Y si pudieras ver esto como una oportunidad de sanar y crecer? ¿A que la interpretación sería completamente distinta?

Tanto ella como John me miraban ahora como si estuviese hablando un idioma desconocido. Decidí retraerme de las explicaciones y pasar directamente a la experimentación.

— Jill, si echas una mirada hacia atrás, centrándote en los últimos tres meses, ¿cuál era tu sentimiento dominante al ver a Jeff comportándose tan amorosamente con su hija Lorraine?

— Sobre todo ira — dijo ella, pero siguió pensando y añadió — frustración — y tras una larga pausa — y tristeza. Me sentí realmente triste. — Las lágrimas afloraron en sus ojos. — Me siento tan sola y no amada — dijo, y empezó a sollozar suavemente —. No sería tan grave si pensara que no puede demostrar amor, pero puede y lo hace... ¡pero con **ella**!

Espetó las últimas palabras con vehemencia y rabia y se deshizo en sollozos incontrolables por primera vez desde su llegada. Por supuesto, había dejado escapar alguna lágrima pero nunca se había permitido llorar así. Al fin se estaba soltando. Yo me sentía satisfecho de que Jill fuera capaz de conectar con sus emociones con tanta rapidez. Diez largos minutos pasaron antes de que se moderase su llanto y yo sintiese que podía hablar. Entonces pregunté:

— Jill, ¿puedes recordar haber sentido lo mismo cuando eras una niña?

Sin la más leve vacilación, dijo:

— Sí... — como la explicación de cuándo había sido no acababa de llegar le pedí que lo explicara. Le costó un buen rato contestar.

— ¡Papá tampoco me quería! — soltó finalmente, y empezó a sollozar de nuevo. — Yo quería que me amase pero no lo hacía. ¡Pensé que no era capaz de amar a nadie! Luego llegó tu hija, Colin. Él la amaba de verdad. Entonces, ¿por qué no podía quererme a mí? ¡Maldito sea! — Golpeó con fuerza la mesa con el puño mientras hablaba y se deshizo en un llanto aún más incontrolable. Jill se refería a mi primogénita Lorraine. Casualmente, o mejor dicho, en sincronía, ésta y la hija mayor de Jeff llevan el mismo nombre. Llorar le sentó muy bien a Jill. Sus lágrimas le sirvieron de poderosa liberación y posiblemente de punto de inflexión. Un auténtico paso adelante podía no estar muy lejos, pensé, y tenía que animarla a proseguir.

— Cuéntame lo que pasó con mi hija Lorraine y papá. — le dije.

— Bueno, — dijo Jill recobrando la compostura — nunca me sentí amada por papá y deseaba desesperadamente su amor. Nunca me cogió de la mano y pocas veces me sentó en su regazo. Siempre sentí que debía haber algo malo en mí. Cuando crecí, mamá me dijo que creía que papá era incapaz de amar a nadie, ni siquiera a ella. En aquel momento yo estaba más o menos en paz con el tema. Razoné que si no era capaz de amar a nadie, entonces no era culpa mía que no me amara. La realidad debía ser que no amaba a nadie. Ni siquiera por mis hijos, sus propios nietos, parecía sentir

nada y menos aún por gente o niños que no fueran de su familia. No era un mal padre, tan sólo no podía amar. Sentí lastima por él.

Lloró un poco más, tomándose su tiempo. Yo sabía a qué se refería hablando de nuestro padre. Era un hombre amable y noble pero muy callado y frío. En gran parte, era cierto que no parecía afectivamente disponible para nadie. Jill se serenó y siguió hablando:

— Recuerdo un día en especial que estábamos en tu casa. Tu hija Lorraine debía de tener cuatro o cinco años. Mamá y papá habían venido de visita desde Leicester y todos nos reunimos en tu casa. Tu hija Lorraine cogió la mano de papá y le dijo: «Ven abuelo, voy a enseñarte el jardín y todas mis flores». Él se derritió dejándose llevar de la mano por ella que no paraba de hablar, enseñándole todas las flores. Estaba encantado con ella. Yo les miré todo el tiempo, detrás de los cristales. Cuando volvieron, la sentó en su regazo y se mostró juguetón y alegre como nunca lo había visto. Me sentí devastada. *Por lo visto es capaz de amar al fin y al cabo*, pensé. Si podía amar a Lorraine, ¿por qué no a mí?

Estas últimas palabras salieron como un suspiro de su boca, seguidas de un profundo y largo llanto de duelo y tristeza, lágrimas que caían por todos aquellos años. Consideré que ya habíamos logrado mucho en aquel momento y sugerí prepararnos un té. Obviamente el comportamiento en apariencia extraño de Jeff estaba diseñado a nivel inconsciente para servir de apoyo a Jill en la sanación de su relación no resuelta con su padre. Si era capaz de verlo y de reconocer la perfección inherente al comportamiento de Jeff, podría curar su dolor y el comportamiento de Jeff desaparecería sin lugar a duda. Sin embargo, en aquel momento, yo no estaba muy seguro de cómo explicárselo a Jill de forma que pudiera entenderlo. Por fortuna, ni siquiera tuve que intentarlo. Ella misma cayó en la cuenta de la obvia conexión. Un poco más tarde durante el día me preguntó:

— Colin, ¿no te parece curioso que la hija de Jeff y la tuya lleven el mismo nombre? ¿Te has fijado en que las dos son rubias y primogénitas? ¡Qué extraña coincidencia! ¿Crees que existe una relación?

— Solté una risa y contesté:

— Y no es la única. ¿Puedes ver otras?

— Bien, veamos, — dijo Jill — ambas han conseguido lo que yo parezco incapaz de conseguir de los hombres de mi vida.

— ¿Qué? — pregunté.

— Amor — murmuró ella.

— Continúa — le sugerí suavemente.

— Por lo visto, tu hija Lorraine fue capaz de obtener de papá el amor que yo no pude conseguir. Y, Lorraine, la hija de Jeff saca todo el amor que quiere de su padre pero a mi costa. ¡Oh, Dios mío! — exclamo Jill que estaba empezando a entender. — Pero ¿por qué? No comprendo por qué. ¡Asusta un poco! ¿Qué diablos está pasando? — preguntó presa del pánico. Había llegado el momento de juntar todas las piezas del puzzle para ella.

— Mira Jill — dije — permíteme explicarte como ocurrió y porque ha seguido afectando a tu vida hasta hoy. De pequeña te sentiste abandonada y no amada por papá. Para una niña es devastador, pues desde el punto de vista del desarrollo es imprescindible sentirse amada por su padre. Como no sentiste ese amor, concluiste que debía haber algún fallo en ti. Empezaste a creer que realmente era imposible que alguien te amara y que eras inherentemente *insuficiente*. Dicha creencia se ancló profundamente en tu mente subconsciente y más tarde, en la esfera de las relaciones personales, empezó a dirigir tu vida. Dicho de otra manera, como medio para reflejar tu creencia inconsciente de que eres *insuficiente*, tu vida siempre ha incluido situaciones reales que ilustran tu insuficiencia. Cuando eras una niña, el dolor por no obtener el amor de papá era más de lo que podías soportar; entonces suprimiste parte de la pena y reprimiste el resto. Más tarde, cuando empezaste a darte cuenta de que tu padre no era un hombre naturalmente afectuoso, sino a todas luces incapaz de amar a nadie, de alguna manera empezaste sentirte mejor sobre el asunto pero permaneció durmiente. Un día, estalló la devastadora revelación que te derribó y te devolvió a la casilla de salida. Cuando lo observaste amoroso con mi hija, tu creencia original se activó. Te dijiste a ti misma: *Mi padre puede amar al fin y al cabo, pero no me ama a mí. Obviamente es culpa mía. Para mi padre no doy la talla y nunca la daré para ningún hombre. A partir de*

entonces, creaste continuamente en tu vida situaciones que respaldaban tu creencia de ser *insuficiente*.

— ¿Cómo pude hacer esto? — me interrumpió Jill

— ¿Cómo fue tu relación con Henry, tu primer marido? — le pregunté yo. Había estado casada con Henry, el padre de sus hijos, durante quince años.

— No mala en muchos aspectos, pero era tan infiel... Siempre estaba buscando ocasiones para mantener relaciones sexuales con otras mujeres y yo no podía soportarlo.

— ¡Ahí está! Y lo consideraste como el malo de la película, y tú eras la víctima en aquella situación. Sin embargo, la verdad es que lo atraíste en tu vida precisamente porque, en alguna medida, sabías que él confirmaría tu creencia de no ser suficiente. Al ser infiel te daba la razón.

— ¿Estás intentando decirme que me estaba haciendo un favor? ¡Al diablo si me trago esto!

— Bueno, ¿acaso no apoyó tu creencia? — repliqué —. Eras tan *insuficiente* que estaba a la caza de otras mujeres buscando *algo más*.

— Estaba reflejando mi creencia, la que creé al sentirme tan poco amada por papá. Me estaba dando la razón de que no soy suficiente. ¿Es esto?

— Sí, y por brindarte esta oportunidad merece crédito, en realidad más del que percibes en este momento. En superficie, Henry actuaba de acuerdo con su adicción sexual pero su alma, trabajando junto con la tuya, eligió utilizar esa adicción para tu crecimiento espiritual. El perdón radical no es otra cosa que reconocer este hecho. Pero volvamos a Jeff, al principio era muy amoroso contigo. Te mimaba, hacía cosas por ti, dialogaba contigo. A primera vista, la vida con Jeff era muy bonita. Pero recuerda que esto no coincidía con tu imagen de ti misma, tu creencia acerca de ti. Tu alma sabe que has de sanar esta creencia, entonces, de alguna manera, se compincha con el alma de Jeff para concienciarte de ello. Por encima, parece que Jeff esté actuando de forma extraña y totalmente ajena a su temperamento. Te desafía amando a *otra* Lorraine, es decir, siguiendo el mismo guión que tuviste con tu padre hace muchos años. Parece que te esté atormentando sin piedad y te sientes completamente desamparada y victimizada. ¿Describe esto más o menos tu actual situación? Por supuesto, no estoy diciendo que lo esté haciendo conscientemente. Nada de eso. Lo más probable es que esté más perplejo que tú acerca de su propio comportamiento. Recuerda que se trata de una transacción de alma a alma. Su alma sabe de tu pena original y es consciente de que no sanarás sin pasar otra vez por la experiencia. Así que de nuevo estas tienes que elegir entre sanar y crecer o tener razón. Si eliges como suele hacerlo todo el mundo elegirás ser la víctima y convertir a Jeff en el malo y a su vez esto te permitirá tener razón. O puedes elegir el perdón reconociendo que Jeff te está ofreciendo una maravillosa ocasión de sanar. No hay necesidad de entenderlo; sólo estar dispuesta a contemplar la idea de que hay algo más en marcha es un paso de gigante. La clave es la disposición a mirar la situación de un modo distinto. La sanación se opera en el momento en que te abres a la idea de que tu alma creó amorosamente la situación para ti. Si consigues entregarte de verdad a la idea que el universo se ocupará de esto por ti si le dejas, no tendrás que hacer nada más. Tanto la situación como tu sanación serán tratadas automáticamente.

— ¡Vaya! — dijo Jill inspirando profundamente. Por primera vez desde que empezara a hablar de la situación dejó que su cuerpo se relajase —. Me siento aliviada. Es como si se me hubiese quitado un peso de encima tan sólo al hablarlo contigo.

— Esto es porque tu energía ha cambiado — le contesté. — Imagina cuánta energía vital has tenido que gastar para mantener viva tu historia acerca de papá y Lorraine.

— ¿Qué hubiera ocurrido si me separo de él? — preguntó Jill?

— Tu alma habría atraído a otra persona para ayudarte a sanar — contesté inmediatamente. — Pero no le has dejado, ¿verdad? En lugar de ello, viniste aquí. Tienes que entender que este viaje no es casual. No existen tales cosas como los eventos fortuitos en este sistema. Tú, o mejor dicho, tu alma creó este viaje, esta ocasión de entender la dinámica de la situación con Jeff. Tu alma te guió hasta aquí.

— Entonces, ¿qué hago con todo esto ahora? — preguntó Jill — ¿qué hago cuando llegue a casa y me encuentre con Jeff?

— En realidad te toca hacer muy poco. — contesté —. De ahora en adelante, la cuestión es sobre todo cómo te sientes por dentro. ¿Entiendes que ya no eres una víctima? ¿Entiendes que Jeff ya no es

un maltratador? ¿Entiendes que la situación era lo que necesitabas y deseabas? ¿Sientes cuánto te ama ese hombre, quiero decir, a nivel anímico? Estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para llevarte al punto en que pudieras revisar tu creencia acerca de ti misma y ver que es una mentira. ¿Te das cuenta de todas las incomodidades que estaba dispuesto a soportar con tal de ayudarte? No es un hombre cruel por naturaleza, por lo tanto ha debido de ser muy duro para él. Pocos hombres habrían hecho eso por ti arriesgándose a perderte en el proceso. Jeff, o el alma de Jeff, es realmente un ángel para ti. Cuando lo entiendas de verdad ¡te sentirás tan agradecida hacia él! Además, dejarás de emitir señales de que no eres digna de ser amada y quizá por primera vez en tu vida podrás dejar entrar el amor. Habrás perdonado a Jeff porque para ti habrá quedado claro que no hubo ningún fallo. Fue perfecto en todos los sentidos y te prometo que Jeff ya está cambiando a medida que hablamos y está abandonando su extraño comportamiento. Su alma ya ha captado que le has perdonado y que has sanado tu errónea percepción de ti misma. Al tiempo que cambia tu energía, la suya también cambia. Estáis conectados energéticamente. La distancia física es irrelevante. Volviendo sobre su pregunta, le dije:

— Quiero que me prometas que no harás absolutamente nada. En particular y bajo ninguna circunstancia compartas con Jeff este nuevo modo de considerar la situación. Quiero que veas cómo automáticamente todo será diferente, como una simple consecuencia de haber cambiado tu percepción. Te sentirás cambiada también, más en paz, más centrada y relajada. Tendrás una sabiduría que a Jeff le parecerá extraña durante un tiempo. Costará un poco reajustar tu relación con él y quizá continúe siendo difícil durante un tiempo, pero este asunto ya ha quedado resuelto — concluí tajantemente.

Naturalmente, el día de su partida Jill estaba nerviosa por volver a la situación que había dejado atrás. Mientras recorría la pasarela hacia su avión, miró hacia atrás y saludó con la mano fingiendo aplomo, pero yo sabía que tenía miedo de perder su comprensión recién adquirida y verse de nuevo arrastrada al drama. Por lo visto el reencuentro con Jeff fue bien. Jill le pidió no hacerle ninguna pregunta acerca de su viaje. También le pidió que le dejara espacio durante unos días para aclimatarse. No obstante, ella notó enseguida una diferencia en él. Se mostró solícito, agradable y considerado, más como el Jeff que ella conocía antes de que todo aquel episodio empezara. Las cosas fueron bien durante unos días y la actitud de Jeff hacia su hija cambió radicalmente. De hecho, todo parecía volver a la normalidad en la relación, pero el ambiente entre Jeff y Jill permanecía tenso y su comunicación limitada. Al cabo de dos semanas la situación alcanzó su punto álgido. Jill miró a Jeff y le dijo tranquilamente:

— Me siento como si hubiese perdido a mi mejor amigo.

— También yo — contestó él. Por primera vez en meses conectaron. Se abrazaron y empezaron a llorar.

— Hablemos, — dijo Jill — te voy a contar lo que aprendí con Colin en Estados Unidos. Te parecerá extraño al principio, pero quiero compartirlo contigo. No tienes por qué creértelo. Sólo quiero que me escuches, ¿quieres?

— Haré lo que haga falta — contestó Jeff. — Soy consciente de que algo importante te ocurrió allí. Quiero saber que es. Has cambiado y me gusta lo que veo. No eres la misma persona que se subió al avión con John. Dime qué pasó.

Jill habló y habló. Explicó la dinámica del Perdón Radical lo mejor que pudo de manera que Jeff pudiera entenderla. Se sintió fuerte y poderosa, segura de sí misma y de su comprensión, mentalmente estable y centrada. Jeff es un hombre pragmático, siempre escéptico acerca de todo lo que no pueda explicarse de manera racional, pero no se resistió esta vez y se mostró, por cierto, bastante receptivo a las ideas que Jill le pedía considerar. Se declaró abierto a la idea de que pueda existir un mundo espiritual subyacente a la realidad cotidiana y, por lo tanto, vio cierta lógica en el concepto del perdón radical. No lo aceptó completamente, pero a pesar de todo estuvo dispuesto a escuchar, considerarlo y comprobar cómo había cambiado a Jill. Después de la conversación ambos sintieron que su amor se

reavivaba y que su relación tenía posibilidades de sobrevivir. No obstante, no hicieron promesas, acordaron seguir hablando el uno con el otro y al mismo tiempo observar cómo progresaba su relación. Y en realidad progresó bastante bien. Jeff siguió siendo relativamente zalamero con su hija Lorraine, pero no tanto como antes. Jill se descubrió totalmente despreocupada incluso cuando actuaba de aquella manera. Ya no le producía ninguna regresión emocional ni reacción basada en viejas creencias acerca de sí misma. Al mes de su conversación acerca del Perdón Radical el patrón anterior de comportamiento de Jeff con Lorraine se detuvo. Ésta a su vez no llamó ni les visitó tan a menudo, siguió con su propia vida. Poco a poco las cosas volvieron a la normalidad y la relación de Jill y Jeff creció más sólida y amorosa que nunca. Jeff llegó a ser el hombre amable y sensible que es por naturaleza, Jill menos necesitada y Lorraine más feliz.

En el momento de escribir esta segunda edición, varios años después de aquella crisis, siguen juntos y más felices que nunca en su matrimonio. No siempre es así. A veces sanar una relación significa terminar con ella. La presente versión de la *Historia de Jill* es más corta que la del capítulo I del libro, pero por los menos dará una idea esencial de la naturaleza del *Perdón radical*. Esta historia por sí sola ha transformado la vida de miles de personas y siento mucha gratitud hacia Jill, Jeff y las dos Lorraine por permitirme publicarla. Es un maravilloso regalo.

Original en inglés©Colin Tipping  
Traducción y adaptación©Dolores Lucía colón

¿Esta historia te resulta familiar? ¿Tienes una parecida? ¿Quieres soltarla y sanar tu vida? En el libro encontrarás las claves.